

Prólogo

La Galia, año 19 a.C.

Horas antes de morir, Ronan el Astur miraba apaciblemente al frente, viendo cómo sus enemigos, la *Legio I Augusta* bajo las órdenes de Agripa, se preparaban para luchar. Aguardaba impaciente a que la refriega comenzase, junto a muchos de sus compañeros, capturados años atrás mientras intentaban expulsarlos sin éxito de Asturias. Tras eso fueron esclavizados y llevados a la Galia, pero ahora se habían levantado contra aquellos intrusos que habían abusado de sus mujeres, matado a sus hijos y violado a la Madre Tierra en busca de los tesoros que ésta guardaba en su interior.

No, ellos nunca sucumbirían ante aquella escoria romana.

Sus labios esbozaron una despectiva sonrisa ante el brillo de sus cascos, sus lanzas y sus escudos. A continuación se miró a sí mismo, orgulloso de su semidesnudez.

Poco le serviría el peto de cuero que impediría que un romano le hiriese en el pecho. No, no le serviría de nada si quería morir.

Estaba tranquilamente echado de medio lado, frustrado por no haber podido despedirse de su amada como era menester, pero eufórico por la gran hazaña que tenía por delante. Se juró matar una docena de enemigos antes de morir.

Se lo debía a su clan.

Se llevó una mano al cuello para acariciar el torque de oro que se había ganado catorce años atrás. Cerró los párpados, y sus labios se movieron en una plegaria silenciosa a la diosa Epona para que le infundiera el valor necesario. Lo hizo en la lengua antigua, como debía ser.

Cuando terminó y abrió los ojos, vio frente a él a un hermosísimo caballo asturcón, blanco como la nieve que coronaba sus amadas montañas. A su lado, como si de un hada se tratase, una niña agarraba firmemente las riendas del hermoso animal. Tenía

el cabello largo y ondulado, del color del fuego que calentaba sus hogares, y una hermosa sonrisa adornada con un hoyuelo en su mejilla derecha.

La había visto con anterioridad, pero no recordó ni dónde, ni cuándo.

—Buen día, guerrero —dijo la pequeña.

—Buen día, muchacha —saludó él, divertido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ayudo a mi padre. Soy su escudera —dijo orgullosamente—. ¿Tú no tienes escudero?

—No lo necesito —contestó Ronan con un encogimiento de hombros.

—Pero... ¿qué ocurrirá con vuestras pertenencias si caéis en la batalla?

Aquella cuestión pareció confundirla y horrorizarla a la vez. El guerrero no pudo evitar sonreír abiertamente.

—Pues no sé. ¿Qué tal si tú te ocupas de ellas?

—¿De verdad? —La niña abrió los ojos desmesuradamente, sorprendida y entusiasmada ante semejante merced—. Será un honor.

—Pues entonces, que así sea. —Ronan cerró los ojos de nuevo, dando por finalizada la conversación. Cuando los volvió a abrir, la niña seguía allí, frente a él y mirándole fijamente—. ¿Algo más, pequeña?

—Aguardaba a que me digáis cuales son sus pertenencias. No quisiera cometer hurto por equivocación...

—Ah. —Ronan se rascó la cabeza y miró a un lado—. Mis falcatas. —Se las mostró y luego las echó a un lado—. Mi torque y mi caballo.

—¿Nada más?

El guerrero soltó una carcajada. La muchacha parecía desilusionada.

—Sí. Nada más.

—¿Y ya habéis dejado todos vuestros asuntos en orden?

—¿Asuntos? —Ahora era él el confundido.

—Los de aquí. —La niña se llevó una mano al pecho, allí donde debía estar el corazón.

—Ah, no. Por desgracia no he tenido tiempo.

La niña ladeó pensativa la cabeza, mirándole con unos ojos tan

penetrantes como dardos. Él esbozo una tierna y triste sonrisa. Comenzó a incorporarse para ir junto a sus hermanos, pero la pequeña, con una autoridad impropia de su edad y condición, extendió su diminuta mano para refrenarlo. Él se detuvo inmediatamente y la miró sorprendido.

—Tal vez yo pueda ayudarlos. ¿Me concederéis el honor, Astur?

—Nadie puede ayudarme...

—Yo sí.

Ronan la miró de nuevo. Había algo en aquella muchacha que le desconcertaba, pero aunque hubiera querido, no tenía tiempo para analizar aquella extraña situación.

—Está bien —concedió finalmente, más que nada para no desilusionar a la niña—. Pero tendrás que ayudarme, porque no sé qué tengo que hacer.

El rostro de la niña se iluminó cuando sonrió.

—¿Habéis rezado?

—Sí.

—¿Y habéis concedido vuestras ofrendas a los dioses?

—Sí.

—¿Y vuestra amada?

—¿Qué pasa con ella? —Ahora se puso a la defensiva.

—¿Qué dones dejaréis para ella?

—Me temo que no mucho —suspiró con tristeza—. Salvo mi corazón, mi amor y mi alma.

—¿No mucho? —protestó la niña—. Demasiados dones. Muy valiosos, guerrero. Pensáis morir hoy, ¿no es cierto?

—Existe esa posibilidad, sí. Sólo lamento no poder hacer entrega de ellos a mi amada, de ponérselos a sus pies...

—Entrégamelos —ordenó ella con una calma aplastante—. Yo la buscaré y se los daré por ti.

Él miró a la niña, justo antes de levantarse y poner fin a su pueril fantasía.

—Tuyos son —dijo en un intento de seguirle la corriente y poder ir junto a sus hermanos—. Pero recuerda que es algo temporal. Cuando encuentres a mi amada, se los tienes que entregar, ¿de acuerdo?

No pudo evitar guiñarle un ojo. La niña le correspondió con un semblante serio.

—Lo prometo. —La niña de cabellos rojos asintió con la cabeza y cerró los ojos.

De pronto se levantó una ventisca, tan fuerte que Ronan tuvo que agarrarse con fuerza al árbol bajo el que había estado sentado, mientras sentía una punzada de dolor en el pecho.

La niña ni se movió.

El guerrero abrió la boca, pasmado, para decir algo, pero el grito de uno de sus hermanos llamándole le sacó de su aturdimiento. Miró hacia atrás a la vez que hacía una señal para que le esperasen.

Cuando se volvió a mirar a la niña, ésta ya no estaba.

Había desaparecido.

Perplejo, asustado, Ronan soltó una exclamación ahogada. Finalmente frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Que tengas suerte, pequeña —susurró al aire—. Tal vez tú puedas encontrarla por mí.

Corrió colina abajo, hacia el valle donde se iba a dejar la vida, hacia el lugar donde se condenaría para siempre.

Hacia su propia destrucción...

1

Coslada, Madrid. Año 2010

—¡Hola, guapo! ¿Estás sólo?

Apenas si giré la cabeza para mirar al lado. Una larga y delicada mano se había apoderado de mi brazo. En un acto reflejo tensé el bíceps, justo antes de desviar los ojos para mirar a la portadora de aquella voz insinuante y sensual.

Vaya, la nena no estaba nada mal. Tenía el cabello rubio, largo y ligeramente ondulado. Sus ojos eran azules... no, espera. Violetas. Sí, decididamente, violetas. Su figura era espectacular: alta, con pechos generosos, turgentes, firmes. Su cintura era minúscula, lo que muchos llaman cintura de avispa...

Sus piernas eran largas. Vestía un blusón de gasa y pantaloncitos cortos... Muy mona, la nena. Miré su rostro. Era guapa. Tenía la nariz pequeña, los pómulos altos y marcados. Los labios, ¡ah, menudos labios! Sonrió, dejando ver su espectacular dentadura. Un brillo llamó mi atención, y fije los ojos en el diminuto piercing de su colmillo derecho.

—Piérdete, monina —contesté, sin inmutarme ante su rostro incrédulo. Escuché un resoplido de disgusto. No pude evitar reñarla—. Ten cuidado a quien te arrimas, estúpida. ¿Y si yo fuera un psicópata de esos, eh?

—Que te follen —dijo a modo de respuesta.

—Eso espero, sólo que no serás tú quien lo haga —repuse, orgulloso por mi rápida réplica.

Se giró bruscamente, no sin antes decir algo sobre irme a tomar no se qué..., y gracias a la Diosa, finalmente se perdió entre la gente.

Literalmente. ¡Caray! ¿Dónde se había metido?

—¿Pero qué haces? ¿Has visto a esa tía? —preguntó mi compañero de vigilia.

—Yo sí, Keve. ¿Y tú? —le pregunté a mi vez al muchacho de veintitrés años que había a mi izquierda.

—Como para no hacerlo. ¡Menudo pibón!

Di un largo trago a mi copa, miré el contenido y deposité el vaso casi vacío en la barra.

—¿Pibón? No, creo que no estamos hablando de la misma chica.

—Joder, viejo. Con los años te estás volviendo exigente —se atrevió a decirme.

Por supuesto, le taladré con mi oscura mirada, pero el muy condenado me conocía lo suficiente como para saber que estaba fingiendo.

El me había visto en mis mejores momentos —o peores, depende del punto de vista con el que se mire—, así que nada tenía que temer de aquella burda y malísima imitación de mi famosa mirada colérica y fulminante.

—O tú estás tan desesperado que te conformas con cualquier cosa. Dime, amigo —le interrumpí cuando se disponía a protestar—, ¿quieres tener un polvo fácil con esa postiza? Pues ve tras ella, a mí no me importa.

—¿Postiza? —me preguntó.

—Sí, pitufo, postiza. Su larga melena en realidad son unas carísimas extensiones. Se ha retocado toda la cara, desde la nariz, hasta la papada. Sus labios le van a explotar de la silicona. Aún así, no tiene suficiente dinero para costearse la operación de pecho, porque lleva sujetador con relleno, y estaba todo el rato conteniendo la respiración, lo que me hace pensar que trataba de ocultar una incipiente barriguita. —Moví la cabeza de un lado a otro, disgustado—. Estúpida. Con lo que me gustan las barriguitas... En fin, lo único verdadero y bonito que tenía ese *pibón* eran sus piernas. Muy bonitas, sí señor. Pero un poco flacas. Y sus ojos violetas... ¡Por favor! Lentillas de colores. Hasta dónde hemos llegado...

—¿Has terminado? —preguntó Keve, molesto de pronto conmigo—. Tú sí que sabes aguar la fiesta.

Me levanté de golpe y le cogí por el brazo cuando todo el vello de mi cuerpo se erizó.

—Te olvidas que no estamos de fiesta, pitufo. Estamos de vigilancia, y ésta se ha terminado.

—¿Cuántos? —preguntó con entusiasmo el muchacho. Por la mirada maravillada de su rostro supe que *Pibón* había pasado a la historia.

—Cinco.

—¡Cojones! —exclamó.

—¡Caramba! —exclamé a mi vez, mientras apartaba a una rubia de vestido ceñidísimo—. Ya comienzas a hablar igual que Leo.

—No me hables de él. Me odia.

—No te aflijas, Keve. Leo odia a todo el mundo. Quédate a un lado —avisé, poniéndome serio de pronto—. Y recuerda...

—Sí, ya lo sé. Salvo que estés en peligro, me mantendré al margen —recitó el ya sabido sermón.

Asentí con simpatía.

Keve me caía bien. Era un buen chico, rápido, listo, fuerte... con una intuición extraordinaria. Nadie sabía cuándo ni de dónde había salido, ni porqué había comenzado a colaborar con los Ocultos, pero su ayuda era siempre bien recibida, y sus sabios consejos siempre eran escuchados. La experiencia pasada hablaba de lo sensato de hacer caso a ese chico de ojos almendrados y rostro de duende.

Además, era divertido. Con él la risa estaba asegurada. Claro, que casi siempre el motivo de diversión era él mismo, algo de lo que no se daba ni cuenta. A decir verdad, eso era lo realmente divertido.

Me fijé que los hombres que nos habían visto hacían como que no lo habían hecho, y se apartaban de nuestro camino rápidamente y con la cabeza gacha. Con sus hembras ocurría justo lo contrario.

Salimos del atestado local y giramos a la derecha. Luego a la izquierda. Tomamos la estrecha y solitaria calle peatonal, detrás del Centro Cultural, y luego giramos otra vez hacia la izquierda, donde la calle desembocaba en un oscuro callejón sin salida. Ahí estaban, a punto de destrozar la garganta de... ¿*Pibón*?

Las había que no escarmentaban nunca.

Suspiré de puro cansancio, y con una calma que estaba lejos de sentir —mis niveles de adrenalina se disparan cuando sé que voy a matar—, me acerqué a ellos.

—Buenas noches, señores —saludé con galantería.

Ante todo, educación.

Los cinco sisearon y me enseñaron los dientes. Eran recientes, muy recientes, por lo que no tenían ni idea de dónde se estaban metiendo al sacarme los dientes.

A *mí*. De haber tenido alguna oportunidad, de haber sido yo un tipo compasivo y diplomático, la acababan de echar a perder.

—Lárgate, si no quieres que te dejemos seco —dijo el que había asumido el papel de líder del grupo.

Estúpido. Ni siquiera sabía lo que *yo* era. Les miré detenidamente.

Tal vez los demás les vieran hermosos, con sus rostros angelicales, su piel emitiendo suaves destellos de luz azulada, su mirada sensual y penetrante, su boca llena de promesas de placer...

¡Por favor!

Si uno no se dejaba engatusar por su persuasivo aliento veía unos rostros demacrados, una piel áspera y grisácea, unos labios finos que difícilmente ocultaban sus aterradores colmillos, y unos ojos rojizos y desquiciados.

Podía haber jugado con ellos un poco, haberme divertido a su costa, pero el cosquilleo de mis manos me avisaba que quedaba poco para que mi oscuro mundo dejara de ser completamente seguro. Así que utilicé mis poderes y los dejé inmovilizados, saqué mis falcatas, me lancé a por ellos y les arranqué la cabeza.

De cuajo.

Claro que primero llamé a Niebla, quien, como siempre, acudió a mi llamada, tanto para aturdir a esos asquerosos chupasangres como para que *Pibón* no pudiese ver nada.

Dos minutos después, cuando Niebla se esfumó, no quedaba ni rastro de las criaturas.

—¡A tomar por culo! —gritó con júbilo Keve, que ahora estaba a mi lado—. Cada vez te lo curras menos, viejo.

—¿Para qué perder el tiempo? Iban a morir de todos modos... ¡Y a ver si dejas de ser tan mal hablado, muchacho! Ante todo,...

—Educación —se atrevió a contestarme.

Le dí una colleja, pero él ni se inmutó. Estaba tan acostumbrado que lo que le hubiera extrañado es que no se la diera. Miré a *Pibón*, que todavía no se había despertado del glamoroso y persuasivo aliento *vampiresco* y sonreí.

—¿Todavía la sigues viendo guapa? —Keve asintió vehementemente—. Pues es tuya.

—¿Vas a manipular su mente? —preguntó algo ansioso.

¿Y por qué no? La chica había estado buscando guerra, así que no vi ningún mal en darle aquello que pedía a gritos.

—Sí. Y tú te vas a convertir en su salvador. Así la tendrás comiendo de la palma de tu mano.

—¡Gracias, viejo!

Me puse frente a *Pibón* y borré sus recuerdos. Después le dije cuatro tonterías, las justas para que se fuera con Keve. El muchacho se merecía un desahogo.

Les vi irse a través de la oscuridad del callejón, pero antes de adentrarse hacia la luz de la farola, Keve se volvió y me miró con tristeza.

—Viejo, no tardes mucho en pirarte. Está a punto de amanecer.

Como si no lo supiera.

—Lo sé —me limité a contestar.

Sin embargo, Keve no pareció muy convencido. Frunció el ceño y me miró con preocupación.

—¿Prometes no estar esta vez expuesto más de tres minutos?

Sí. Keve me caí muy bien.

Y como siempre, su intuición no le fallaba, porque era precisamente lo que tenía en mente hacer.

Finalmente, asentí.

Cuando me quedé solo comencé a vagar por las calles.

Tan sólo faltaban veinte minutos para que amaneciera, sin contar con los minutos adicionales que me atrevía a robarle al dios Taranes cada día.

Tengo dos mil cincuenta y ocho años, y se puede decir que durante todo este tiempo he visto de todo. Sin embargo, no puedo dejar de fascinarme por la época actual. Tal vez los humanos, esos que a esas horas dormían plácidamente o acababan de despertar, veían la realidad de otra forma, seguros y felices en su mundo de luz.

Mi oscuro mundo muestra otra realidad, una realidad paralela de vicio, perversión, maldad y... oscuridad. Ahí iba el cura que da sermones en misa todos los domingos. Le acababa de meter mano a una chica de la calle. Su mirada lujuriosa demostraba que sabía perfectamente que la puta en realidad era un transexual. ¡Ah! Ahí estaba ese tipo de la gorra roja.

¡Por favor! ¿De qué se escondía, el muy estúpido? Todo el mundo sabía que pasaba material *bueno, bueno, oye. Pa' fliparlo.*

Mientras paseaba me crucé con otras razas; nos mirábamos de

rejo, todos atentos a todos, y todos ajenos a todos, dejando el camino libre pero sin llegar a darnos la espalda. Todos llevábamos prisa, pues teníamos que volver al mundo de tinieblas al que pertenecíamos. Casi tropecé con un Real, y aunque me moría de ganas de arrancarle la cabeza —de cuajo—, le dejé paso y le saludé con una inclinación de cabeza.

Ante todo, educación.

Él no era mi lucha. Aunque los Reales son chupasangres, no son una amenaza para la raza humana, porque se alimentan entre ellos. Son legendarios, nobles, puros, lo que se podría decir la Realeza de lo que vosotros llamáis vampiros.

El ambiente estaba húmedo por el rocío, dieciocho minutos antes de que todos volviéramos a nuestros refugios.

Pero de pronto algo me paralizó. Sentí una extraña sensación en mi nuca, tan tibia, tan agradable, tan... placentera. Lo que sentí era muy fuerte, algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

¿Sabéis esa extraña sensación de deja vu, cuando estáis en un lugar y oléis un determinado olor que os hace retroceder en el tiempo, hacia un lugar escondido de vuestra mente, allí donde se encuentran todos nuestros recuerdos? Es algo así como recordar el sabor de las primeras fresas, la sensación de hormigueo y acidez en el fondo de la lengua. O tal vez el recuerdo que se tiene del olor a tierra mojada...

Así me sentí yo. Era como cuando el sol acariciaba tu piel después de un largo invierno, esa sensación de calor en tu nuca, tan celestial, que casi asusta. Miré a mi alrededor, buscando la fuente de dicha luz.

No había nada fuera de lugar en el marco que contemplaba, el mismo desde hacía muchos años.

¡Maldición! Si estuvieran Keve o Dru podrían ayudarme. Pero no podía contar ni con la extraordinaria intuición de uno ni con la visión ultraterrenal del otro. Así que cerré los ojos y me dejé llevar. Pudiera ser que no viera aquella luz, la misma que se me tenía prohibida desde hacía veintiún siglos, pero podía sentirla y... olerla.

Mis pies se movieron, siguiendo el imperceptible olor que desprendía aquella luz.

Pero de pronto todo el vello de mi cuerpo se erizó, avisándome que muy cerca había chupasangres hambrientos.

Solté una maldición, porque aunque deseaba seguir a aquella luz, no podía pasar por alto mis obligaciones.

Jodidos chupasangres. ¿Qué hacían a esa hora por la calle? ¿No tendrían que estar escondiéndose en sus asquerosas tumbas o donde quiera que escondiesen sus putrefactos cuerpos durante el día?

Estuve tentado a dejarlos ir, pero mi juramento me lo impedía, así que fui tras ellos. Ni siquiera abrí los ojos, y, por una extraña razón que entonces ni siquiera me paré a pensar, mis pies no cambiaron de rumbo.

Cuando abrí los ojos me vi siguiendo a un muchacho. Llevaba un vaquero enorme, y una sudadera. Tenía puesta la capucha de la sudadera, siguiendo la moda de los raperos. Era un muchacho muy bajito, y andaba con pasos pequeños y saltarines.

De pronto aceleró el paso, a la vez que miraba hacia atrás.

Sin quererlo, miré hacia atrás a mi vez, para ver qué era lo que había asustado al muchacho.

¡Ah! Era yo.

Me eché a reír al ver que casi echaba a correr.

Estúpido.

¡Mira que temerme a mí, precisamente! ¡A *mí*, que dedicaba mi inmortalidad a salvar a su especie!

Espera, ¿acaso no era a mí a quién temía? ¿Podía sentir él también que cerca, muy cerca, había unas criaturas demoníacas que estaban dispuestas a dejarle seco de un momento a otro?

Mientras cavilaba, el joven se echó a la carrera y se adentró en un callejón. Eché a correr tras él, ahora inmensamente divertido.

Bueno, sí, fui un poco cruel con el crío, pues casi podía imaginar su miedo.

No, no podía imaginarlo. De hecho, lo olía. Casi estuve tentado a aparecer frente a él y decirle: ¡*Buuuuu!* Tuve que contener la risa al imaginármelo.

Ya casi estaba encima de él. Tan solo tenía que alargar la mano y cogerle por la capucha y...

...Y de pronto estábamos rodeados por dos chupasangres. Los miré con fastidio.

—¿Qué? ¿El último trago antes de ir a dormir? —pregunté.

Y luego les reconocí. Eran Reales. A punto estuve de echarme a un lado para dejarles pasar, pero al ver que se abalanzaban sobre

el humano cambié de opinión. Durante una milésima de segundo me quedé anonadado. ¿Reales alimentándose de humanos? Vaya, esa sí que era buena. ¡Corruptos! Hacía siglos que no se daba el caso.

Faltaba muy poco para que amaneciera. Quince minutos. Sin pensármelo dos veces, y sin tener tiempo de llamar a Niebla, les arranqué la cabeza. De cuajo.

Me giré rápidamente para mirar al muchacho y...

Pasó algo que hacía mucho, mucho tiempo que no me sucedía: mis colmillos se desplegaron.

Dejadme que os diga algo. No soy un chupasangre, pero se asemeja muchísimo. Formamos parte de la misma sociedad, llamada los Ocultos. Los Ocultos —o infernales criaturas de la oscuridad— están compuestos por los chupasangres —ya sean Infectados, Corruptos o Reales—, las Bestias, los Licántropos, los Daimons y nosotros, los Custodios. Nos llaman ocultos porque estamos malditos, sea por el dios que sea, y no podemos caminar bajo la luz del sol. Somos Ocultos porque estamos en la Era del Hombre, y no podemos —ni debemos— mezclarnos con ellos, pues son demasiado inocentes para soportar el horror oculto en las sombras. Y somos Ocultos porque, de un modo u otro, no deberíamos siquiera caminar por este mundo al que no pertenecemos.

Y todos, absolutamente todos, tenemos en algún que otro momento de nuestra inmortal existencia la misma necesidad:

Sed de sangre.

Y sin embargo, mientras miraba a la fascinante criatura humana que tenía enfrente, sabía que no era sangre lo que pedía todo mi ser a gritos. No, era su luz, su pureza, la promesa de un paraíso real y al alcance de la mano.

Lo que gritaba mi interior era que tomara aquello que era mío por derecho propio.

Tenía los ojos abiertos de par en par, y me miraba con incredulidad. Sus ojos eran de color miel en la oscuridad del callejón, y adiviné que, con la luz justa, se volverían de un dorado intenso. Mis pupilas se dañaron con sólo mirarlos, tal era la intensidad y pureza de la luz que desprendían. Tenía largas y espesas pestañas color... ¡blanco!, al igual que sus finas y bien depiladas cejas. Aparté la vista y escudriñé su rostro. Era un ovalo per-

fecto, de líneas suaves, con una nariz pequeña, pequeña, y una boca...

¡Por Epona! ¡Contemplar su boca me provocó una erección!

Pero lo cierto es que aquella criatura era muy bonita.

La hembra más bonita del mundo.

Cuando se tontea con la propia destrucción, cuando se juega con el tiempo, uno sabe apreciar el momento al máximo, sabe diferenciar una situación vulgar de otra extraordinaria, esa que se sólo se presenta una vez cada... dos mil cincuenta y ocho años.

Por ese motivo no lo dude ni un segundo. Me abalancé sobre la criatura y...

La besé. ¡Oh, sí! Eso sí era un pibón. Eso sí era el placer absoluto. No sabía *qué* era, ni *quién* era. Sólo sabía que, mientras me recorría el típico cosquilleo que me avisaba que faltaba poco para que aparecieran las primeras luces del día, robé a Taranes ese trocito de... luz.

Tenía los labios suaves, y cuando le eché la cabeza hacia atrás para obligarla a abrir la boca y sumergirme en ella, probé su sabor con desesperación. Sabía a fruta fresca, fruta de verano, jugosa y refrescante. Y el escalofrío de placer que me atravesó cuando recorrí con mi lengua todos y cada uno de los rincones de su boca hizo que todo mi cuerpo temblara de necesidad.

Aquella mujer era la luz que instantes antes había ido siguiendo. Más que eso; era la luz que me empeñaba en robar día tras día a Taranes. La estreché contra mi pecho, desesperado por sentir su suavidad, su tibieza, su calor, la pureza de su alma.

Tenía dos opciones; parar justo a tiempo para preguntarle su nombre —junto a su dirección, su número de teléfono, su dirección de correo electrónico, la marca de dentífrico que usaba, su comida preferida, el nombre de su perfume...—, o seguir besándola.

Era tan adictivo su sabor, tan placentera la luz que irradiaba su personita, el calor que desprendía su pequeño cuerpo tan grato y escalofriantemente familiar, que no pude parar y seguí besándola.

Finalmente el cosquilleo de mis manos se convirtió en un dolor lacerante y constante, por lo que tuve que detenerme.

Me aparté de ella a desgana, frustrado y desilusionado por no poder seguir besándola, por no poder llegar más allá, por no tener tiempo.

—Escucha, muchacha. Olvidarás todo lo que acabas de ver —ordené rápidamente, todavía jadeando por la excitación.

Me aparté de ella y le dí la espalda, pero me giré de inmediato, la volví a estrechar entre mis brazos y comencé a besarla de nuevo. Cuando ya no podía soportar el dolor me separé y la miré fijamente a los ojos.

—Olvidarás todo... excepto esto. —Y la volví a besar.

Había sobrepasado el límite, así que, después de mirarla durante una milésima de segundo, solté un gruñido y eché a correr.

Un minuto después estaba montado sobre mi CBR 1000 RR.

Y a los siete minutos de arrancar mi moto, entraba a toda velocidad en el garaje que conducía a mi refugio, en el sótano de una vieja casa abandonada a las afueras de la ciudad, casi cuatro minutos después de que amaneciera.

Me había llevado conmigo un poco de sol... sobre mi piel, en forma de feas ampollas que sabía dolerían durante tres días seguidos.

Era el precio por mi atrevimiento.

Pero había merecido la pena. Y no por haber burlado al ojo de Taranes, ese que todo lo ve, durante casi cuatro minutos. Todo un record, oye.

No solo me lleve el castigo a mi refugio.

Me llevé el sabor de aquella muchacha... y algo más.

Media hora más tarde, mientras estaba tirado en la cama, jugaba con el colgante que le había cogido *prestado*. Sonreí.

Ahora tenía una excusa para buscarla, aunque sólo fuera para devolvérselo.

Justo antes de quedarme dormido tuve el presentimiento de que el sexo con ella sería la hostia.